

tanto, no solo hizo uso de él toda su vida, sino que mandó á los frailes, que se habian reunido á él, y que le hicieron superior de una abadía que fundaron, que le siguiesen despues que él muriera. Los frailes no dejaron de hacerlo, y el collar y el tonel milagrosos atravesaron los siglos conservando su poder.

Desgraciadamente en 1794 se apoderaron los Franceses de San Goar tan de improviso, que no tuvieron tiempo los frailes de poner en salvo su tonel. Al entrar en el convento el primer cuidado de los vencedores fué bajar á la bodega, y como por una sola espita no corria bastante vino para apagar su sed, emplearon el expediente usado en semejantes casos, y dispararon tres ó cuatro pistoletazos al bienaventurado barril, sin tomarse el trabajo de tapar el agujero de las balas. Por la noche el regimiento estaba borracho, pero el tonel, cuyo encantamiento se habia deshecho, estaba para siempre vacío.

En cuanto á la argolla, el tambor mayor la cogió para hacer con ella un collar á su perro, y los aficionados á arqueología pueden verle tal como se conservaba aun en 1809 en el lindo cuadro de Horacio Vernet, titulado el *Perro del Regimiento*.

Mas desde 1812 no se sabe qué ha sido de él, habiéndose helado el pobre perrillo con su amo en la retirada de Rusia.

### EL LORE-LEI.

Por lo demás, San Goar tiene para su reputacion un terrible vecino, ó mas bien, una temible vecina, que es la hada *Lore*, que ha dado su nombre á una inmensa roca cortada á pico, que se encuentra á medio cuarto de legua mas arriba de las ruinas de Katzeneilen, y que por ella se llama *Lore-Lei*.

Desde Coblentza oíamos hablar de aquel paso del Rhin, no solo por la leyenda poética que va unida á él, sino como el mas vistoso que el rio presenta á los viajeros en todo su curso. En efecto, al atravesar este sitio, los viajeros mas indiferentes habian subido al puente y reinaba en toda la tripulacion una agitacion tradicional como la que se observa en el Ródano al aproximarse al puente del Espíritu Santo. Y efectivamente, en aquel sitio el Rhin se estrecha y se hace sombrío, su curso adquiere mas rapidez; porque en un espacio de qui-

nientos pasos, sus aguas tienen una pendiente de cinco piés. En fin, el *Lore-Lei* se eleva como un sombrío promontorio, y se ve salir del río las puntas de las rocas que han rodado por sus costados y que han sembrado aquel paso de escollos. En la cima de esta montaña es donde residia la hada Lore.

Era esta una bonita jóven de diez y siete á diez y ocho años, tan bella, que los bateleros que bajaban por el Rhin olvidaban por mirarla el cuidado de sus bajeles; de suerte, que iban á estrellarse contra las rocas, y no habia dia en que no hubiese que deplorar alguna nueva desgracia.

El obispo que habitaba la ciudad de Lorch, oyó hablar de aquellos accidentes tan frecuentemente repetidos, que parecian efecto de una fatal influencia, y las hijas, las esposas y las madres de los que ella habia hecho perecer habian llegado vestidas de luto á acusar á la linda Lore de magia; por lo que la citó para que compareciese ante él.

La buena Lore prometió ir; mas el dia en que debia verificarlo se olvidó de su promesa, y el obispo envió dos hombres para prenderla, y estos dos hombres la encontraron sentada segun su costumbre en la roca: cantaba una antigua balada como las que cantan las nodrizas á los niños que mecen, y sin hacer resistencia alguna se levantó y los siguió.

Compareció ante el obispo, y este quiso interrogarla severamente; mas apenas la vió, experimentando el encanto universal, fijó las miradas en sus ojos; despues, con un acento que descubria la compasion que experimentaba hácia la jóven:

— ¿Es verdad, linda Lore, la dijo, que sois una maga?

— ¡Ay, ay! monseñor, respondió la pobre niña, si yo fuera una maga, tendria encantos para retener á mi amante, y mi amante no hubiera partido; y yo no pasaria mis dias y las noches esperándole en la cima de una roca, y cantando la balada que tanto amaba. Y diciendo estas palabras, la bella Lore se puso á cantar la balada ante el obispo, de modo que este conoció que estaba loca.

Entonces, en lugar de pensar en castigarla, comenzó á compadecerse de ella, y temiendo, al verla trastornado el juicio, que despues de haber perdido su cuerpo perdiese su alma, mandó la condujesen al monasterio de Marienberg, y la recomendó por una carta á la superiora, que era parienta suya.

La bella Lore partió montada en la hacanea de movimiento mas dulce que pudo hallarse, porque el obispo temia la sucediese alguna desgracia en el camino, y él mismo la siguió con la vista, en medio de la escolta que la acompañaba, hasta que ella y la escolta desaparecieron tras el castillo de

Nottingen; y todo marchó perfectamente hasta que se hallaron á la vista de las rocas donde tenia costumbre de estar esperando á su amante.

Mas cuando estuvo á la vista de aquellas rocas, pidió permiso para subir á su cima á dirigir la última mirada sobre el Rhin, y por ver si aquel á quien esperaba tan largo tiempo hacia, volvia; y como el obispo habia encargado que no se la contradijese en nada, sus guardias la ayudaron á desmontar, y dos de ellos la siguieron á algunos pasos de distancia, á fin de volverla á coger si intentaba huir.

Apenas puso sus piés en el suelo, echó á correr con tal velocidad, que parecia rozar la tierra como una golondrina, y saltaba de roca en roca con tal facilidad, fuese cualquiera su altura y aspereza, que se hubiese creído era una sombra mas bien que una criatura humana perteneciente todavía á la region de los vivos. De este modo llegó á la cima de la montaña, en el sitio mismo en que caia á plomo sobre el rio; y avanzando hasta el último extremo, cogió el arpa que habia dejado allí la víspera, y con aquella triste voz que privaba de la razon á los que la escuchaban, se puso á cantar su acostumbrada balada. Mas esta vez, terminada la balada, oprimió su arpa contra el pecho, y con los ojos fijos en los cielos, tendidos los cabellos al viento, se dejó caer lentamente, no como un cuerpo que se desploma, sino como una paloma que

vuela: en el mismo instante, la escolta que la acompañaba prorumpió en un gran grito: la bella Lore habia desaparecido en las ondas.

Volvió la escolta y refirió al obispo lo que habia pasado: entonces, moviendo el obispo su mitrada cabeza, mandó que se dijese misas por el descanso del alma de la pobre loca; pero aun él mismo tenia pocas esperanzas, porque sabia que el crimen que Dios perdona mas dificilmente es el suicidio.

En efecto, pocos dias despues supo que habian visto de nuevo á la bella Lore sobre su roca, y que al oir su dulce voz y su suave canto, se habian perdido algunos bateleros: mas como sabia, sin que le quedara duda, que se habia precipitado en el rio, creyó que en aquella ocasion se encontraria seguramente allí algun encantamiento, é hizo ir á un matemático muy sabio en materia de magia.

El sabio consultó los astros, y dijo al obispo que efectivamente la bella Lore habia muerto, pero que como habia muerto en pecado mortal, estaba condenada á volver al mismo sitio en que se hallaba en vida, y que volveria del mismo modo hasta que encontrase un jóven caballero que la hiciese olvidar su primer amor.

El obispo era demasiado piadoso para oponerse de ningun modo á los decretos del cielo; únicamente hizo anunciar en todas partes que desconfiasen de la bella Lore, porque en castigo de sus

pecados, la pobre loca se habia convertido en una infame encantadora, y nadie tuvo trabajo en creerle, porque los suaves cánticos que debaja oír en otro tiempo, se habian vuelto ásperos, y si algun batelero encallaba al pié de su roca, respondia á su grito de muerte con una carcajada, como responden por la noche las hienas á los gritos de los viajeros extraviados en las selvas.

Y duró mas de un siglo: el obispo murió. La generacion que habia visto á la pobre Lore viva, desapareció refiriendo su historia á la generacion que debia seguirla, y así pasaron otras cuatro generaciones, refiriéndose unas á otras cómo habia ido allí aquella mala hada, que se veia á modo de un espectro sobre la roca, y cuyas carcajadas se oian cada vez que alguna lancha extraviada zozobraba en las tinieblas.

Cien años ó mas habrian pasado: reinaba en Alemania el emperador Maximiliano, y Roderico Lenzoli Borgia, de terrible memoria, era papa en Roma, cuando una noche, un jóven cazador, extraviado en el valle de Ligrenkoff, apareció de repente á la salida de aquel valle, y se encontró delante del Rhin.

Era uno de esos días abrasados del estío, en que el agua fresca y límpida atrae; fatigado de su correría, el jóven cazador se apeó de su caballo para bañarse. Mas antes de entrar en el rio, queriendo

indicar á su comitiva dónde se hallaba, tocó el cuerno; al punto su tocata fué repetida tan distintamente, que creyó que algun perrero le respondia; volvió á comenzar al punto otro aire de caza, y fué repetido exactamente como el anterior, comenzando á hacerle titubear: al fin, á una tercera prueba, movió la cabeza diciendo:

— Es el eco, y habiendo dejado su cuerno en tierra, se desnudó y se arrojó al rio.

Walter, así se llamaba el jóven nadador, era hijo de un conde palatino; tenia diez y ocho años aun no cumplidos, y ya era no solo el mas hermoso, sino tambien el mas valiente y diestro de los jóvenes señores que de Maguncia y Nimega habitaban las riberas del Rhin.

Por tanto, al ver tan bello jóven, de quien habia comenzado por mofarse, devolviendo el sonido de su cuerno, y que acababa, por decirlo así, de entregarse á ella, experimentó repentinamente la hada Lore un sentimiento que hacia largo tiempo creia muerto en su corazón; pero engañándose á sí misma, atribuyó su turbacion á piedad. La hada Lore se engañaba: era el amor.

El jóven por su parte la vió sentada sobre su roca y se puso á nadar en direccion de donde ella estaba; la hada Lore le veia aproximarse con alegría, y se puso á cantar aquella antigua balada que todos habian olvidado, excepto ella;

y al oír aquella voz, Walter redobló sus esfuerzos para llegar al pié de la roca. Mas de repente recordó la hada que entre el bello nadador y ella estaba el abismo donde tantos desgraciados se habían sumergido; al punto interrumpió su canto y desapareció, de modo, que todo volvió á quedar en el silencio y la oscuridad.

Conoció entonces Walter que había sido el juguete de una ilusión, y como se sentía arrastrado á su pesar, se acordó del abismo; felizmente aun era tiempo, y el jóven, gracias á su vigor y destreza, consiguió ganar la orilla; apenas tocó en ella, vió llegar á su viejo escudero Blum. Este había oído la triple llamada del cuerno, y había acudido.

Walter y el viejo escudero se unieron al punto á su comitiva; en seguida, reunidos todos los cazadores, emprendieron el camino del castillo. Todos volvían conversando alegremente acerca de las hazañas de la jornada; solo Walter marchaba pensativo y con la cabeza inclinada sobre el pecho; pensaba en aquella preciosa aparición que no había durado mas que un momento, pero que le había dejado una impresión tan profunda.

Y al otro día y los siguientes, por mas que los pescadores navegaron sobre el Lei, no vieron á la hada. En cambio desde aquel momento, todo lo que emprendía Walter le salía bien; se hubiese

dicho que un buen genio velaba sobre él y le allanaba todas las dificultades.

En efecto, el cielo estaba cubierto de nubes, y amenazaba la mas horrorosa tormenta, bastaba que Walter saliese para que el cielo se iluminase en el mismo instante. Se hallaba en los alrededores á un caballo fogoso, Walter segun su costumbre hacia se le llevasen, y apenas le montaba, el caballo se volvía dócil como un carnero. Estaba sediento, un manantial puro y fresco se presentaba á su vista; estaba cansado, un lecho de flores...

De modo, que en las orillas del Rhin no se lablaba mas que de su felicidad y destreza; su flecha daba en el blanco á cualquier parte donde fuese lanzada, fuese al águila que se cernía en lo mas alto de la region del espacio ó al gamo que huía á lo mas espeso de la selva: sus halcones eran los mas audaces, sus perros los mas fieles.

Un día que su jauría perseguía á un corzo, y que para seguirle por los caminos escarpados por donde se había internado había dejado su caballo, se extravió el jóven cazador, y aunque se encontraba en un sitio de la comarca que le era muy conocido, no pudo encontrar su camino, porque le parecia que por un efecto mágico de que no podía darse cuenta, los objetos habían cambiado de forma.

Mas como si fuera impulsado por un poder in-

II.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
125 MONTERREY, MEXICO

visible, Walter continuaba avanzando. No tardaron en llegar hasta él los sonidos de una arpa, y creyendo estar próximo á algun castillo, marchó hácia el sitio de donde le parecia venir el sonido. Pero el sonido retrocedia á medida que él avanzaba, permaneciendo siempre bastante cerca para que no cesase de oírle, demasiado lejos para ver el instrumento que le producía.

Así marchó desde la hora en que habian descendido las sombras hasta las doce de la noche. A media noche se encontró casi en la cima de una alta montaña que domina el Rhin, á derecha é izquierda el rio huía por el valle, como una ancha cinta argentina. Walter trepó el último vericuetto, y sobre la punta más elevada de la roca vió á una mujer sentada.

Aquella mujer tenia en la mano el arpa cuyos sonidos le habian guiado; una suave luz semejante á la del alba le rodeaba como si no hubiese podido respirar más que en una atmósfera distinta de a nuestra, y sonreía con tan maravillosa sonrisa, que esa sonrisa encerraba desde la primera declaración de amor hasta las últimas promesas de la voluptuosidad.

Walter reconoció al punto el ser misterioso que ya habia visto la noche en que se bañaba en el Rhin; su primer movimiento fué dirigirse á él, mas apenas dió algunos pasos se detuvo recordando

todo lo que habia oido referir de la Lore-Lei; en seguida, como tenia un corazón religioso, hizo devotamente la señal de la cruz, y en el mismo instante se extinguió la luz, y la que la esparcía arrojó un grito y desapareció como una sombra.

Mas aunque desapareció de la vista de Walter, desde aquel momento quedó presente en su imaginacion: sin cesar oía resonar en sus oídos la melodiosa música que le habia guiado hasta lo alto de la roca, y apenas cerraba los ojos, veía resplandeciente con su extraña luz aquella bella hada que le habia acogido con sonrisa tan graciosa.

Y Walter cayó en una profunda melancolía, porque al lado de aquella imagen, presente sin cesar á su imaginacion, ninguna mujer le pareció más bella, y como sentia instintivamente que aspiraba á una cosa que no era de la tierra, siempre que le preguntaban la causa de su tristeza, movía la cabeza, suspiraba y señalaba con el dedo al cielo.

En fin un dia el padre de Walter le anunció se preparase á partir para Worms, donde el emperador Maximiliano tenia su corte: tratábase de hacer la guerra al rey de Francia y el emperador llamaba en su ayuda á sus más valientes caballeros. Los ojos de Walter brillaron un momento de alegría á la idea de la gloria que podia ganar en aquella guerra, y respondió á su padre que estaba dispuesto á partir.

Sin embargo, al día siguiente, volvió á caer en su melancolía habitual. Sin cesar parecía escuchar rumores que nadie oía, continuamente sus ojos parecía que trataban de seguir una imágen que se escapaba á todas sus miradas; y el anciano escudero, viendo esta preocupacion continua, apresuraba todo lo que podia los preparativos de la partida, esperándolo todo de un cambio de lugares.

Mas la víspera del día tan esperado por el pobre Blum, Walter le envió á llamar. El escudero se apresuró á ponerse á las órdenes de su jóven señor, y le encontró mas sombrío y abatido que nunca; no obstante, alargó la mano al anciano escudero, como tenia de costumbre, le dijo que antes de abandonar la comarca, habia resuelto hacer su última pesca en el Rhin, y le preguntó si queria acompañarle.

Blum, que tan frecuentemente habia participado de aquel placer con su jóven señor, no vió en este deseo nada que no fuese muy sencillo; mandó llevar las redes á la lancha, y Walter ordenó que la lancha les esperase frente á la pequeña aldea de Urbar.

Era uno de esos hermosos días de primavera en que toda la naturaleza, despertándose de su sueño, es armoniosa como si cada objeto de la creación, con aquella voz que Dios ha dado á los elementos

como á los hombres, cantase su himno al Señor; el viento tenia extrañas melodías; la noche perfumes desconocidos; el rio reflejaba el cielo como un espejo, y las estrellas que corrian atravesando el azulado manto, parecian, en medio de la calma universal, caer en silenciosa lluvia sobre la tierra.

El anciano Blum echó las redes; pero Walter, en vez de ocuparse de la pesca, miraba al cielo. De modo, que la lancha en deriva, seguia la corriente del agua. De repente, una melodía muy conocida llegó á los oídos del jóven conde; bajó los ojos, y en el sitio acostumbrado vió á la hada Lore sentada sobre su roca.

Era la tercera vez que se le aparecía así, y ahora, como habia ido á buscarle, no pensó en alejarse de ella; antes al contrario, cogió los remos y se puso á remar en su direccion. A aquel movimiento inesperado y que desarreglaba sus redes, Blum levantó los ojos y vió que la lancha se dirigia lentamente al abismo.

Quiso entonces arrancar los remos de manos de Walter; mas era demasiado tarde, y aunque los hubiese cedido sin resistencia, era tan rápida la corriente, que á pesar de todos los esfuerzos del anciano escudero, arrastraba la lancha hácia la sima. Y se oian los rugidos que llamaban á su presa. Blum dejó los remos y se volvió hácia Walter esperando, que arrojándose al agua con él,

podrían todavía ganar ambos la orilla; pero Walter tenía los brazos extendidos hácia la mágica aparición que por su parte parecía deslizarse por la ladera de la montaña y aproximarse á él. Blum le conjuró para que no caminase de aquel modo á una segura perdición; pero Walter estaba sordo é inmóvil. El anciano escudero quiso cogerle abrazándole y precipitarse con él en el río, pero Walter rechazólo. Entonces el fiel servidor viendo que no podía salvarle, resolvió morir con él, y como Walter no pensaba en orar, se puso de rodillas en el fondo de la barca y oró por los dos.

Y la lancha continuaba siempre avanzando hácia el abismo, y los mugidos del abismo eran cada vez más fuertes; veíase en medio de la oscuridad salir del río la negra cabeza de las rocas, contra las que se estrellaba la espuma, y cada una de ellas parecía al pobre Blum un informe monstruo que había subido á la superficie del agua para devorarlo.

El hada Lore, por su parte, rodeada de aquella suave auréola que parecía esparcir, semejante á una estatua de alabastro en cuyo interior luciera una llama, se aproximaba con su suave sonrisa y tendía los brazos al jóven, como el jóven los tendía hácia ella: ya había bajado de la roca, y ligera como un vapor, se deslizaba sobre el agua; en fin, Blum sintió la lancha temblar y estremecerse, como un

ser animado que se aproxima á su destrucción. Levantó los ojos, y vió que estaban en medio de las rocas á pocas brazas del abismo. Walter y la hada Lore iban á reunirse: de repente notó que la lancha, atraída como por la mano de un gigante, se sumergía en las profundidades del río; no tuvo tiempo más que para hacer la señal de la cruz y encomendar su alma á Dios, porque habiendo chocado su cabeza contra una roca, se sintió desmayar, y creyó que iba á morir. Cuando volvió en sí, era muy de día, y estaba tendido en la arena al pié de la roca.

El pobre escudero buscó y llamó á Walter; solo le respondió el eco burlon del Lei; resolvió entonces volver á emprender el camino del castillo; mas cuando hubo andado las tres cuartas partes de él, encontró al conde en persona, quien inquieto por la ausencia de su hijo, iba en su busca. Blum se arrojó á sus piés, y se cubrió la cabeza con su manto en señal de duelo.

Al fin le fué preciso explicarse, y refirió todo al conde; como por dos veces su jóven señor se había librado de la hada Lore, pero que á la tercera vez había ido él mismo á buscarla. El conde permaneció un momento inmóvil y como anonadado por el dolor; mas ni una lágrima vertieron sus ojos, ni un suspiro exhaló su garganta. Al fin, después de un momento de silencio:

— Aquel, exclamó, que me entregue esa hada infernal, recibirá una recompensa régia.

— ¡ Oh! si es así, monseñor, exclamó Blum, permitid que sea yo mismo quien intente esa empresa; porque ¡ por el alma de mi jóven señor! ó lo conseguiré ó perderé en ella la vida.

El conde hizo señal con la cabeza de que admitia la demanda del anciano escudero, y volvió á tomar el camino del castillo, donde se encerró en cuanto entró; y nadie le vió ya mas durante el dia, á ningun criado llamó; solo sí, á través de la puerta del oratorio se le oia llorar dando sollozos.

Llegada la noche, Blum eligió entre los hombres de armas del castillo aquellos con quienes creia poder contar para que subiesen con él á la roca, al mismo tiempo que hacia rodear su base, para que si la hada Lore intentaba escaparse, fuese cogida entre ellos y el rio. Luego tomadas estas disposiciones, subió atrevidamente á la cima.

La noche era sombría y semejante á aquella otra en que Walter habia hecho la misma ascension: Blum llegó á la primera meseta donde el conde se habia detenido; luego, animando de nuevo á los soldados, trepó á la cima mas alta. En cuanto estuvo allí, vió á la hada Lore, sentada en su roca, y los ojos tiernamente fijos en el rio.

A su vista, por poco á propósito que fuese para asustar, los hombres de armas, sobrecogidos de ter-

ror, se negaron á ir mas lejos; pero el anciano escudero, en vez de participar de su espanto, sintió aumentarse su cólera contra la encantadora que le habia arrebatado su jóven señor; y viendo que por mas instancias que hizo á sus soldados para ayudarle á coger á la hada, no se atrevian á dar un paso mas, se adelantó solo hácia ella exclamando:

— ¡ Oh maldita maga! al fin vas á pagar el mal que has causado.

Al oir aquella voz y aquella amenaza, la hada levantó lentamente la cabeza, y mirándole con su dulce sonrisa:

— ¿ Qué quieres, anciano? le dijo, ¿ qué esperas hacerme á mí, que no soy mas que una sombra?

— Lo que quiero, es, respondió Blum, que me vuelvas el cadáver de mi jóven señor á quien has precipitado al fondo del Rhin. Lo que espero es vengar en tí su muerte y las de tantos otros que han perecido antes que él en la sima donde ha desaparecido.

— El jóven conde no pertenece ya á la tierra, murmuró la hada con su melodiosa voz; el jóven conde es mi esposo. El es el rey del rio, como yo soy la reina; tiene una corona de coral; tiene un lecho de arena mezclada de perlas; tiene un precioso palacio de lapislázuli con columnas de cristal; es mas feliz que lo hubiera sido jamás sobre la

tierra; es mas rico que si hubiera heredado la herencia paterna, porque posee todas las riquezas que el Rhin ha devorado desde el dia de la creacion hasta hoy. Vuelve, pues, al lado de su padre, y dile que no llore.

— Mientes, hada infernal, respondió Blum, y lo que quieres es escapar á mi venganza; pero no me engañarás así; estás en mi poder, y tu hora ha llegado, á menos que no vea á mi jóven señor, y que me confirme él mismo con la voz ó el gesto, lo que tú me has dicho. Así pues, disponte á seguirme.

Y desenvainó su espada y dió un paso para aproximarse á la hada; mas con voz potente, y extendiendo hácia él su brazo:

— ¡ Espera ! dijo la encantadora.

Y se desprendió el collar de su cuello, y cogió de él dos perlas que arrojó al rio. En el mismo instante el rio hirvió á borbotones, y dos enormes olas con la forma indecisa y fantástica que se atribuye á los caballos marinos, subieron á lo largo de las rocas hasta la cima de la montaña, y sobre una de aquellas dos olas, estaba un bello adolescente de rostro pálido y largos cabellos flotantes, en quien el anciano Blum creyó reconocer al jóven conde; tanto que permaneció inmóvil de estupor.

En tanto las dos olas continuaban subiendo, hasta que llegaron á mojar los piés desnudos de la

hada; entonces la bella Lore se sentó sobre la que estaba vacía, y enlazando sus brazos á los del jóven, le dió un beso. Luego las olas comenzaron á bajar, y viendo que la hada se le escapaba, quiso Blum perseguirla. El jóven le miró sonriendo.

— Blum, le dijo, vé á decir á mi padre que no llore, que soy feliz.

Dichas estas palabras, volvió á su esposa el beso que de ella habia recibido, y ambos desaparecieron en el rio.

Desde aquel dia nadie volvió á ver á Lore-Lei, y los bateleros no tuvieron ya que temer su canto de sirena. Todo lo que de ella queda es un eco burlon que repite cuatro ó cinco veces el sonido del cuerno, ó la tirolesa nacional que el piloto canta siempre al pasar por delante de la roca de la Lore-Lei.